

Pilar Sordo

Educar para sentir

sentir para educar

Una mirada para entender la educación
desde lo familiar hasta lo social



Pilar Sordo

Educación para sentir

sentir para educar

Una mirada para entender la educación
desde lo familiar hasta lo social

 Planeta

EL FIN DE LAS HABILIDADES BLANDAS

Cuando analizamos lo que hoy se requiere para el mundo laboral, evidentemente lo primero que aparece es la formación cognitiva y técnica que debemos tener para trabajar. Así se entiende que en toda América Latina estén en curso reformas educacionales que intentan dar con una educación más inclusiva y de calidad, aunque no esté siempre demasiado claro qué se entiende por ello. A ratos queda la sensación de que esa «calidad» apunta a reforzar solo conocimientos y aspectos informativos en distintas áreas y no las dimensiones formativas que nos hacen a todos mejores ciudadanos y mejores personas.

Teniendo claro que toda la gente que está trabajando en este tema debe tener incorporados aspectos que vayan más allá de lo formal, empiezan a aparecer como importantes otras

variables que tienen que ver con las mal llamadas «habilidades blandas», expresión que sin duda viene de una forma de ver el ser humano muy rígida y conservadora. Ello es equivalente a cuando en psicología se pensaba que la inteligencia era un coeficiente que daba la respuesta a todas las preguntas del ser humano.

Evidentemente, las «habilidades blandas» quedan en un lugar de menor peso e importancia que las habilidades técnicas o «duras» y, como las palabras generan realidades, al solo mencionar esas dos palabras, nuestro inconsciente se programa para definir las como algo sin consistencia, sin forma y, por lo tanto, poco relevante.

En general, se entiende por «habilidades blandas» aquellas que tienen que ver con recursos emocionales que tenemos que desarrollar. Se conectan con la expresión de nuestras emociones y sentimientos, con cómo los expresamos y en qué momento, lo que de alguna manera se puede traducir como asertividad. Además, incluyen la capacidad de ponerse en el lugar del otro –la llamada em-

patía— y, sin duda, la capacidad de manejar y aprender de los conflictos y frustraciones.

En los ambientes laborales se entienden como los recursos para tener la habilidad de formar equipos de trabajo más que grupos, ya que para los primeros se requiere ante todo la confianza, la complicidad, la capacidad para manejar la confidencialidad, los egos y las vanidades, y además mirar hacia un objetivo común aun cuando se piense diferente.

Para todo esto se requiere de generosidad, bondad y la intención consciente de querer dar siempre lo mejor de cada uno en beneficio de todos. Por lo que se ve, es algo difícil de lograr, especialmente en países como los nuestros donde se desconfía de todo y de todos y donde la mayoría de las veces el éxito de otros nos enrabia y es «digno» de alguna sospecha. Si a alguien le va bien, algo raro hay. Los juicios y prejuicios siempre terminan gobernando nuestros discursos con verdades a medias que nunca terminamos de confirmar, porque parece que es estresante preguntar y más fácil juzgar.

Bajo esta mirada, desarrollar «habilidades blandas» –que, expresadas así, como vimos recientemente, las relega a un segundo plano de nuestro inconsciente– se convierte en una tarea difícil, ya que tenemos todo en contra para visualizarlas y, por lo tanto, educarlas en lo privado y en lo público. De esta manera, se hace necesario cambiar la expresión; de aquí en adelante las llamaremos «competencias personales» en contraposición a las «competencias técnicas o cognitivas» que cualquiera puede adquirir. Así las llama Lili Orel, una chilena experta en educación y una mujer a la que admiro mucho.

Estas competencias personales habría que desarrollarlas desde la infancia y a lo largo de toda la vida, pero, como expliqué en la introducción, si bien existe consenso en que necesitamos impulsar en el ámbito de lo privado y de lo público la presencia de seres humanos con muchas de estas habilidades, en la educación de hoy pasaron a segundo plano.

A lo largo de esta investigación escuché a mucha gente, expertos y personas comunes

y corrientes, y quiero reparar en aquello que me hizo sentido. Desde la perspectiva psicoanalítica, Gabriel Rolón, gran terapeuta psicoanalista argentino, escritor y libretista, en la educación se niega la formación de la bondad porque se asume que el ser humano nace bueno y que, por lo tanto, sus pulsiones y acciones siempre debieran tender hacia el bien, lo que haría innecesario educarlas conscientemente. Parece negarse, de acuerdo a su visión, que los seres humanos nacemos con una pulsión hacia la vida y el amor, así como con otra no menor hacia la muerte y la destrucción. Parece, por lo tanto, muy necesario –al aceptar aquella condición– tener que educar al ser humano que queremos lograr y no suponer su bondad como un aspecto natural que no necesita estimulación.

Cuando, por ejemplo, revisamos los celos de un niño o niña pequeña frente a su hermano o hermana recién nacida, parece claro que esos padres deben enseñarle a ese niño a amar a este ser que acaba de llegar, y hacerlo entender que al bebé le duele cuando lo pasa

a llevar o lo golpea. De estos ejemplos hay muchos, pero todos terminan por confirmar que la educación de estas competencias personales hay que estimularlas desde el primer día de vida y no dejarlas pasar en ninguna instancia educativa.

Otra explicación de la poca conciencia que tenemos de la importancia del desarrollo de las competencias personales es que hoy, cuando todo se mide, paradójicamente es muy difícil evaluar y medir estas competencias, porque muchos de los conceptos que las envuelven son relativos y aprendidos desde la experiencia. Lo que hoy entendemos por ciertas cosas no es lo mismo que lo que entendíamos hace años, sobre todo en lo que a relaciones afectivas y emocionales se refiere. Es como aquel cuento budista donde el alumno le pregunta a su maestro cómo sabe si está avanzando o no en la vida; el maestro le dice que dentro de él tiene dos lobos, uno bueno, generoso, empático y solidario, y otro competitivo y egoísta. El alumno reconoce tener ambos aspectos dentro de sí mismo y le pre-

gunta cómo sabrá cuál ganará la pelea al final del día, ante lo que el maestro simplemente le contesta: «Al que alimentos más».

Este parece ser el gran tema: a cuál «lobo» estamos alimentando más para construir la sociedad en la que queremos vivir; sin duda, la gran mayoría tenemos la certeza de que este camino va por el lado de las competencias personales, sin desconocer que las habilidades técnicas son importantes y que deberían estar al alcance de todos.

Otra postura, que va por lo filosófico, es la convicción de que los seres humanos no nacen ni buenos ni malos, simplemente nacen y va a depender de la estimulación de uno u otro lado el ser humano que de ahí podrá formarse. Personalmente pienso que nacemos más buenos que malos y que esta bondad o predisposición al amor y al otro se pierde cuando intentamos «domesticar» desde lo externo a los niños y niñas, haciéndolos desconectarse de su mundo interior desde muy pequeños. Les empezamos a enseñar que no se escuchen y que oigan los ruidos del mundo

que son los que generan placer y, por supuesto, toda la confusión que vivimos. El colegio o la escuela parece no haber encontrado el camino ni el sistema para potenciar ese mundo interno, ya que rápidamente todo se vuelve medido, diagnosticado desde fuera y lo interno pierde poder y credibilidad, que es lo peor.

En lo que coincidían todas las personas entrevistadas es en que estas habilidades que a veces se pueden confundir con valores –y que se las apropiaron ciertos sectores–, hay que educarlas y no se van a formar en las personas por generación espontánea.

Parece contradictorio, pero cientos de personas que participaron en este camino decían haber sido contratadas en determinado empleo por sus habilidades técnicas y despedidas por no tener estas competencias personales que se dan por sentadas pero que claramente no lo están.

Hoy, con la invasión del dios del siglo XXI –que al igual que la santísima trinidad tiene tres caras: celulares, computadores y televisores–, cada vez se hace más difícil desarrollar

con holgura estas competencias. De hecho, este dios se está reduciendo a uno solo: el teléfono, que tiene una gran desventaja con respecto a los otros dos, y es que no se puede compartir, es intrínsecamente individual y fomentador del egoísmo. La dificultad que tenemos para mirarnos a los ojos, para expresar frente al otro lo que sentimos o necesitamos es tan grande que es importante que aprendamos a enseñar y compartir estas habilidades, primero al interior de la casa y después en la escuela, aunque nos resulte cada vez más difícil.

El desarrollo tecnológico nos lleva a una nueva forma de comunicarnos y transmitirnos verdades que, si bien tiene un alcance enorme, es un espacio propicio para guardar nuestras emociones y no dar la cara, incluso para las emociones más primarias. Sin duda, esto es mucho peor en algunos países hispanos en donde a la gente le cuesta mucho más hablar y comunicar lo que siente, como por ejemplo Chile, Perú, Bolivia y Paraguay.

El escenario no parece muy propicio a la hora de formar estas competencias persona-

les, por lo que con más razón aún, la educación debe apuntar a desarrollarlas, no solo porque el tipo de ser humano que nuestra evolución nos está pidiendo es un ser que vibre energéticamente muy alto para estar en la mejor versión de sí mismo, sino que porque los requerimientos laborales y productivos necesitan este ser desarrollado debido a los cambios que se han ido dando en el mundo de lo productivo, los que analizaré con ustedes en este libro.

Es muy loco visualizar una entrevista de trabajo donde una de las preguntas más importantes que se le harán al postulante tiene que ver con cuáles son sus fortalezas y debilidades respecto al cargo al que postula y para la vida. La persona evaluada seguramente es primera vez que se enfrenta a esta pregunta que debiera ser cotidiana.

Vivimos en un mundo que mira hacia afuera y que tiene la tendencia a no estimular demasiado las reflexiones internas, por lo que la ausencia de preguntas cotidianas parece ser la constante. Pero yo soy positiva y creo que

hoy hay fuerzas emergentes que nos están llevando a pensar en temas que nos obligan a mirarnos y, por lo tanto, a preguntarnos más sobre nuestras acciones y vocaciones, que son las que generan otros estados de conciencia que ayudarán en un futuro cercano a que surjan seres humanos más libres y plenos, que no viven tan pegados a un sistema al que no le conviene tener mucha gente pensante y reflexiva.

Por eso es que analizar qué pasa con nuestras emociones parece clave para comenzar nuestro camino. Los invito a empezar a visualizar cómo educar en las emociones de acuerdo a los países en los que vivimos. Las estructuras son castradoras de las emociones y, por eso, todo aprendizaje de competencias personales se convierte en un maravilloso desafío.

En síntesis, quiero rescatar con claridad lo siguiente:

- Se sustituye la expresión «habilidades blandas» por «competencias personales». Con esto se pretende colocar en un mismo nivel de conciencia e importan-

cia las habilidades cognitivas y las habilidades emocionales.

- Se postula, después de escuchar muchas versiones, que estas habilidades no son espontáneas, sino que hay que educarlas desde la primera infancia, para que no se pierdan en la educación tanto informal como formal.
- El ser humano nace bueno, pero esto corre el riesgo de perderse en los primeros años si no es reforzado desde lo emocional y principalmente desde la familia. Las pulsiones de muerte –como las llaman los psicoanalistas– existen y tienen que ser encauzadas y moduladas desde el comienzo de la vida con el amor, la ternura y los límites claros.
- Para educar estas competencias personales hay que comenzar por la educación emocional, fuente del próximo capítulo.